

ARTÍFICES No.13

10
HISTORIAS

“Piensa bonito, habla bonito, teje bonito”

Hugo Jamioy, etnia Kamëntsá,
Valle del Sinbunday, Putumayo, Colombia.



ARTÍFICES 13



ARTESANÍAS EMBLEMÁTICAS COLOMBIANAS

10
HISTORIAS



Saberes ancestrales

El número doce de la revista Artífices se centra en la celebración y exaltación de saberes ancestrales de diez artesanos de los departamentos de Boyacá, Nariño, Huila, Caldas y Antioquia, quienes se han encargado de mantener vivo un legado artesanal a través de las técnicas del barniz de Pasto, el tejido de la lana, la cestería de rollo con paja y fique, la cerámica, la talla de la tagua y el trenzado a mano del sombrero aguadeño y el sombrero Suaza. Sus historias son reflejo del amor por un oficio que los marcó desde niños y al que se han dedicado durante toda su vida, respetándolo y dignificándolo a través de trabajos llenos de creatividad e historia que cautivan a compradores de Colombia y el exterior.

Cada una de las piezas y objetos que estos artesanos realizan enmarca un arduo y detallado proceso de elaboración que se ha transmitido de generación en generación, y les ha permitido a familias enteras encontrar un medio de sustento y un poderoso proyecto de vida. Cada pieza, además, contiene el saber de una región y representa las cualidades de un pueblo cuya memoria y sabiduría prevalece en las artesanías. Estas diez historias, llenas de sencillez e intimidad, enaltecen la labor de artesanos comprometidos con su oficio y recuerdan la enorme diversidad y riqueza del país.

ANA MARÍA FRÍES MARTÍNEZ

Gerente General Artesanías de Colombia

1. PALMATO: LA ESENCIA DEL SOMBRERO

David Muñoz heredó el conocimiento del sombrero de palma de iraca de su padre y de su abuelo. Desde que tiene memoria encarrilaba sombreros, los marcaba y los separaba. Cuando se graduó del colegio decidió estudiar mercadeo y publicidad, pero la pasión por el sombrero aguadeño y las ganas de resignificar su historia seguían latiendo con fuerza. Luego de trabajar en varias agencias de publicidad, supo que era el momento de unirse a su hermano mayor, Carlos Mario Muñoz, quien había fundado la empresa Palmato, un emprendimiento para fortalecer la creación y comercialización del tradicional sombrero aguadeño.

Juntos empezaron a crear la identidad y el concepto de la marca. También definieron procesos de innovación en la elaboración del sombrero, mejorando la fibra para que fuera más resistente y la pieza se pudiera doblar fácilmente sin alterar el diseño o la calidad. Pero lo más relevante fue el establecimiento de prácticas de comercio justo que exaltarán y dignificarán la labor de las tejedoras de Aguadas.

El proceso es el siguiente: a pajeros de la región les compran la fibra de la palma, las artesanas la recogen en el taller de la empresa, la llevan a su casa, donde tejen el sombrero, luego lo entregan y en Palmato se encargan de hacer los acabados finales de la pieza. Dependiendo la temporada y el número de pedidos, trabajan con quince, cuarenta o hasta setenta artesanas, quienes reciben un pago justo por un trabajo

que puede tardar entre ocho y veinte días, dependiendo el grosor de la fibra y la habilidad y experticia manual de cada tejedora. La empresa produce sombreros delgados, extrafinos y maestro artesano, el cual se elabora con una fibra de medio milímetro de grosor tejido exclusivamente por manos que conocen el oficio a cabalidad.

En Palmato han producido sombreros de diferentes diseños y colores, todos con certificado de origen. Además, cada pieza está identificada en la etiqueta con una fotografía y un enlace a YouTube con una entrevista a la familia de artesanos que elaboró la pieza, lo que permite garantizarle a cada cliente que está comprando un producto ancestral totalmente hecho a mano. Sus sombreros han seducido a compradores de Italia, Francia, Japón, Alemania, México, Estados Unidos y Australia.

Palmato lleva doce años en el mercado y su estrategia es seguir creciendo. Además de la tienda que tienen en Aguadas y un punto de venta en el sector de Usaquén, en Bogotá, que funciona los domingos, este año planean abrir dos puntos más en la capital y uno en Cartagena. A los treinta y cuatro años, David se la pasa viajando por todo el país para consolidar nuevas rutas de comercialización y dar a conocer la tradición que encierra el sombrero aguadeño. Asegura que en la empresa tienen los pies en la tierra y que el objetivo principal sigue siendo dignificar un oficio que ha marcado la historia de una región.





2. PAJARITOS DE CERÁMICA

Desde que entró al colegio y empezó a recibir clases de arte, **Eduar Cardona** supo que lo suyo era la artesanía. Comenzó haciendo velas y luego se adentró en el conocimiento del yeso y la cerámica fría (llamada así porque las piezas únicamente pasan por un proceso de quemado), una técnica en la que aprendió a hacer figuras religiosas, animales, alcancías y muñecos de Navidad.

Visitando talleres de amigos artesanos y los almacenes de Carmen de Viboral, un pueblo antioqueño famoso por las singulares vajillas pintadas a mano que se venden en sus calles, fue conociendo más del oficio. Las ganas de aprender lo hacían estar durante horas observando el proceso, hasta que se sintió listo para

hacer sus propios objetos. Su padre, maestro de construcción, y su madre, dedicada a las labores del hogar, creyeron en su sueño y le ofrecieron un pedazo de la sala para que montara un pequeño taller.

Para poder tallar y pulir sus creaciones, Eduar se encargó de hacer sus propias herramientas: cuchillos, espátulas y pinceles. Hace ocho años decidió que era momento de crecer. Estaba casado y tenía una casa con un amplio solar donde podía instalar un taller más completo. Aprendió la técnica de la cerámica en esmalte, tradicional del municipio, y luego se asoció con un cuñado y un amigo. Compraron un gran horno para la quema, un batidor de pasta, herramientas para



pulir y pusieron a funcionar el Taller Cerámica Artemanía. También montaron, en la entrada de la casa, un almacén donde venden vajillas, materas, floreros, cazuelas, campanas y jarrones de diferentes diseños y colores.

El proceso de la cerámica dura ocho días. Primero procesan la pasta hasta que se vuelve líquida, después la vacían en moldes que ellos mismos fabrican, sacan la figura, la dejan secar y la pulen. En ese momento se hace una primera quema en la que la cerámica sale bizcochada. Luego se pintan las piezas con flores, se decoran y se esmaltan antes de pasar a la segunda quema en el horno. El resultado son piezas brillantes, llenas de carácter.

El año pasado, Eduar quiso innovar y sacar un nuevo producto: unos pajaritos tarjeteros de varios colores que sirven para poner tarjetas o papel. El molde original era de un taller vecino que no se animó a darles vida. Pero Eduar asumió el reto, creando una producción especial para Artesanías de Colombia. Sus pajaritos gustaron tanto que hoy también los vende en el pueblo como una de las insignias de su taller.

A los cuarenta años, Eduar asegura que su propósito es seguir creciendo. Con su esposa y su hija, quien se encarga de manejar las redes sociales, trabajan con el objetivo de consolidarse en el mercado de las artesanías y, algún día, llevar sus cerámicas a todos los rincones del país.

3. EL MUNDO EN UNA CHIVA

Hernán Bolaños tenía tan solo nueve años cuando comenzó a trabajar la cerámica. Se metió en el oficio por decisión propia, con el objetivo de ayudar a sus padres a superar una difícil situación económica. Su madre vendía tamales y envueltos, y su padre trabajaba como cadenero en la vía San Agustín-Pitalito. Lo que ganaban no les alcanzaba para sostener a sus seis hijos. Por eso Hernán, al ser el mayor, decidió apoyar la causa. Empezó a estudiar por las mañanas y a dedicar las tardes a hacer distintos trabajos en talleres de cerámica de Pitalito.

Primero le pidió trabajo a un vecino de su abuela que hacía candeleros y estatuas, quien lo empleó para el duro trabajo de procesar la masa del barro. Luego pasó a otro taller, donde hizo el mismo trabajo, después estuvo un tiempo con la artesana Edith Vargas, quien le enseñó a hacer bisutería de chaquiras y cerámicas de miniatura, y finalmente estuvo con Noel Vargas, hermano de Edith, quien lo contrató como vaciador de moldes. Fue ahí, observando poco a poco, que aprendió cómo hacer sus propios moldes.

A los dieciocho años, supo que había llegado el momento de independizarse. Les enseñó el oficio a sus padres y hermanos, y se asoció con un amigo para montar un taller en su casa. Empezó haciendo un carro antiguo de cerámica que se vendía muy bien en Bogotá. Sus piezas

gustaron tanto, que los mismos clientes de la capital le sugirieron hacer chivas. Así arrancó a elaborar su pieza más famosa: una chiva de diez centímetros que vendía como arroz.

Gracias su espíritu innovador, con el tiempo comenzó a hacer chivas de diferentes tamaños y temáticas. Sus chivas sobre el matrimonio, el sombrero suaza, el proceso de la cholupa y el café son reconocidas en el Huila. Sus creaciones, que en 2018 obtuvieron la denominación de origen, se caracterizan por la textura, brillo, firmeza y plasticidad que da un tipo de barro especial que Hernán procesa durante un año. Además, aprendió a hacer aerografías y a manejar la fibra del vidrio, las espumas y el icopor para elaborar carrozas temáticas para las fiestas de San Pedro y muñecos de año viejo.

En Pitalito, donde compró una casa y montó un taller más amplio, todos lo conocen como Sancocho, un apodo que se ganó a los ocho años cuando lo invitaron a tomar caldo a la casa de un amigo y él respondió que eso no era caldo sino sancocho. A los cincuenta y cuatro años, Hernán trabaja todos los días desde la cinco de la mañana hasta las diez de la noche. Aunque la jornada es muy larga, él no se queja. Asegura que el futuro no le interesa y que su secreto ha sido hacer lo que le gusta y saber disfrutar los regalos que trae cada día.



4. EL UNIVERSO DEL BARNIZ DE PASTO



Jesús Ceballos asegura pertenecer a un grupo de artesanos extraños, de esos que no adquirieron el saber artesanal por herencia, pero se enamoraron de un oficio que les ha cambiado la vida. Sus padres llegaron a Pasto en 1960 como desplazados de la violencia. Mientras su padre trabajaba conduciendo un camión, su madre criaba a once hijos.

Jesús, el penúltimo de los hermanos, movido por la curiosidad y el deseo de aprender, empezó a visitar diferentes talleres artesanales que trabajaban la madera y la técnica del barniz de Pasto. A los nueve años, consiguió trabajo como obrero. Estudiaba en las mañanas y en las tardes se dedicaba a preparar la madera. Aprendió a entregar cada pieza perfecta para que el maestro artesano la pintara y la terminara.

A los diecisiete años se independizó y fundó el Taller Artesanal Jesús Ceballos. Tenía el conocimiento teórico de la técnica, pero no había practicado lo suficiente. En esa época los maestros eran muy celosos con el conocimiento y solo lo entregaban a miembros de la familia o a un aprendiz previamente seleccionado. Pero Jesús no desistió. Consiguió un poco de barniz y, durante dos años, estuvo experimentando la técnica, probó con diferentes materiales, colores y pigmentos vegetales. Además, hizo un curso de cerámica que lo ayudó a definir su estilo en la artesanía, que se ha caracterizado por diseños inspirados en leyendas sobre la mujer y su entorno, y el manejo de colores vivos en objetos como bateas, jarrones, retablos, cuadros y muebles.

El proceso del barniz es largo y exige mucha concentración. Para trabajar con la resina de las hojas del mopa mopa (un árbol silvestre que crece en el Putumayo) hay que seguir detenidamente varios pasos. Cuando la resina está limpia y molida, se tiñe para luego decorar y pintar con ella diversos objetos de madera. Según Jesús, cada objeto que sale de su taller vende una historia y un sentimiento. Es una pequeña obra de arte asequible para cualquier comprador.

A los cincuenta y siete años, Jesús sostiene que una de sus mayores pasiones es la enseñanza del oficio. Para él, no solo es la única manera de preservar una técnica ancestral y evitar que se monopolice el conocimiento, sino de abrirles un espacio político, económico y social a cada vez más artesanos que necesitan que el país valore su trabajo.

Como su taller es muy pequeño (solo caben él, su esposa, sus dos hijas y un ayudante), sueña con tener un gran espacio dedicado a la enseñanza del oficio. Jesús quiere enfocarse en niños y jóvenes, pues asegura que la artesanía es la mejor vía para alejarlos de vicios y ayudarlos a encontrar un poderoso proyecto de vida. Además, quiere conquistar mercados internacionales para entregar, con sus piezas, un pedacito del universo que encierra el barniz de Pasto.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

5. CESTERÍA PODEROSA

Omaira Manrique es la única hija de dos reconocidos artesanos de Guacamayas, Boyacá. Su mamá tejía bolsos de lana en telar vertical y su papá se dedicaba a hacer fruteros, papeleras, contenedores y cazuelas en la técnica ancestral de la cestería de rollo. Ambos hicieron parte del primer grupo de artesanos que se organizó en el pueblo para explorar comercialmente el oficio de la cestería. Omaira comenzó a los trece años a hacer individuales, en ese entonces estudiaba modistería y tejido en un instituto dirigido por monjas, quienes la instruyeron en el bordado y en el tejido a máquina, y la ayudaron a implementar en la cestería un conocimiento más amplio en temas de diseño.

Sin embargo, Omaira soñaba con el ejército. Quería ser militar, pero sus padres no lo permitieron. Luego intentó viajar a Israel para hacer la carrera, pero tampoco obtuvo el permiso. Tuvo que olvidarse de las armas y concentrar el poder de sus manos en la cestería. En Sutatenza, Boyacá, realizó un curso de seis meses sobre dirigencia campesina, en el que aprendió cómo trabajar con comunidades, y en 1982 la nombraron secretaria de la Casa del Telar de Arco, una asociación de veinticinco artesanos de Guacamayas.

En 1992 la asociación se convirtió en la Cooperativa Creatividad Artística, que ahora cuenta con cuatrocientos artesanos que trabajan la cestería en rollo. Omaira es la representante legal y la responsable de comercializar los productos, visitar ferias y buscar nuevos clientes. Pero además se ha encargado de renovar los diseños, de ampliar las gamas de colores y de integrar a la producción materiales como el estaño, el cobre, el vinilo, la plata, la madera y la cerámica para

innovar y potenciar las ventas de productos de los que viven cientos de campesinos de la zona.

Omaira se sienta con cada artesano para analizar el diseño, ver si es viable y decidir cuál es la combinación de colores más adecuada para cada objeto. La cooperativa ofrece 110 productos, entre los que hay jarrones, portavasos, servilleteros, fruteros, canastos, conte-

nedores, portahuevos, sillas, bancos y pufs para clientes de Bogotá, Medellín, Cali, Cartagena, Barranquilla y Tunja.

Cada producto se hace a mano con una mezcla de paja blanca de páramo, paja crespa y fique. Los artesanos solo utilizan una aguja capotera con punto, lo demás depende de la agilidad de las manos y el conocimiento de un oficio que tiene denominación de origen desde 2009, y que muy

pronto espera ser reconocido como patrimonio cultural de Guacamayas.

A los cincuenta y cinco años, Omaira solo teje cuando hay mucho trabajo, como ahora, que está enfocada en los nuevos productos que lanzará la cooperativa para celebrar el bicentenario de Boyacá. Un momento especial en el que esperan seguir demostrándole al país el poder de la tejeduría de Guacamayas.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

6. EL REY DEL BARRO

Reyes Manuel Suárez hace parte de una estirpe de artesanos boyacenses de la que se siente orgulloso. Su abuelo fue uno de los fundadores de la artesanía en Ráquira y su papá, ganador de la Medalla a la Maestría Artesanal en los años setenta, fue el primero en llevar un torno al pueblo. Era un objeto de madera, con una correa de res y una manivela que Manuel y sus nueve hermanos giraban sin parar para que su padre pudiera dar vida a sus famosas vajillas de barro.

Manuel asegura que a los siete años ya se había enamorado del oficio. A esa edad comenzó a hacer figuras de barro y pesebres miniatura. Luego del colegio, se la pasaba metido en el taller de su padre, quien le daba instrucciones sobre el manejo del torno y la firmeza que debían tener las manos cuando moldeaba las piezas. Si no aprendía rápido, recibía un tímido coscorrón en la cabeza que lo conectaba de nuevo con sus tareas.

A los dieciocho años, cuando salió del bachillerato, se independizó. Compró arcilla, esmaltes, mandó a construir un torno eléctrico y montó, detrás de la casa de su padre, un pequeño taller que llamó Barro de Reyes. Poco a poco fue ganándose su fama. Continuó haciendo pesebres y comenzó a hacer jarrones, tazas, ollas de diferentes tamaños, bandejas y contenedores que se caracterizan por estar esmaltados por dentro y mantener por fuera el acabado terracota tradicional de las artesanías de Ráquira. Además, hace figuras religiosas y les da vida con el barro a los personajes típicos de la región como los campesinos tocando el tiple y las mujeres sirviendo el agua o el guarapo.

A los sesenta años sigue tan activo como cuando era un niño. Ahora está investigando la técnica de la terra sigillata (expresión latina que significa tierra o cerámica sellada), de la que surge la arcilla más fina y cremosa luego de un largo proceso de decantación. Sin olvidarse de lo ancestral, está realizando pruebas que permitan ampliar el conocimiento sobre la cerámica y obtener piezas más brillantes.

Además, está trabajando en uno de sus proyectos más ambiciosos: la construcción de un parque temático con el que pretende mantener viva la memoria de su abuelo y su padre. El lugar va a tener diversas figuras de cerámica que exalten el proceso ancestral de la artesanía en el pueblo, como el burrito en el que los campesinos cargaban la leña de roble, la hilandera con sus ovejas y las campesinas que vendían artesanías en el parque. También exhibirá las ollas de barro en las que antiguamente se almacenaban el agua, el trigo y el maíz. Dentro de dos años espera tener listo el proyecto para que se convierta en un epicentro del conocimiento ancestral y un atractivo turístico más de Boyacá.

Su familia ha trabajado un siglo con la cerámica, una poderosa razón que lo ha motivado a transmitir el conocimiento a todo el que lo busca. Ahora, solo le pide a Dios otros veinte años más de trabajo. Reyes quiere morir como su abuelo: con el barro entre las manos.



7. UN SOMBRERO DE PESO



Alba Beltrán creció en Gachantivá rodeada de la fibra del palmicho, una palma con la que su mamá y su abuela tejían el tradicional sombrero de tapia pisada. A los seis años aprendió a hacer trenzas con fique y palmicho, pero fue hasta los veinte que hizo su primer sombrero. Después de tantos años observando las manos de su madre, tenía que lograrlo. Sin pedir ninguna instrucción, se lanzó a elaborarlo. Alba hizo y deshizo la estructura de la pieza unas cincuenta veces hasta que el sombrero quedó casi perfecto. En ese momento fue consciente del cariño y el respeto que sentía por el oficio y decidió hacer de la tejeduría su camino.

Dedicarse al sombrero implicaba recorrer las montañas de Boyacá para recolectar la palma, extraer la fibra, cocinarla con agua y dejarla secar

bajo techo durante veinte días. El proceso de secado es el más riguroso. Hay que voltear la fibra diariamente y verificar que todo esté seco, pues una sola hoja húmeda puede llenar de hongos la fibra y echar a perder toda la producción. Cuando el palmicho está listo se raja para sacar tiras de la fibra con las que se tejen, durante ocho días, trenzas delgadas y gruesas. Con las trenzas y la ayuda de una aguja se cosen sombreros de diferentes tamaños. Para el estándar Alba utiliza entre veinticinco y treinta metros de trenza y, para el de ala más grande, hasta cuarenta.

Antiguamente el sombrero era muy pesado, pues el ala se hacía con una varilla muy gruesa del palmicho. Alba cuenta que la pieza no era funcional y que la gente la utilizaba para defenderse y matar gallinas y conejos. Por eso ahora el sombrero se hace con trenzas un poco más gruesas y se utilizan solo dos varillas pequeñas para el ala, lo que lo hace más liviano y duradero. Además, Alba asegura que el sombrero tiene propiedades curativas, ya que el cogollo de la palma está lleno de vitaminas que ayudan a sanar el dolor de cabeza y la migraña. Ella, que antes sufría de dolores de cabeza, sostiene que se curó gracias al sombrero, por eso ahora nunca se lo quita.

A los 55 años, Alba trabaja todos los días con la ayuda de sus tres hijos: una mujer de 37 años, que domina el arte de las trenzas, y dos hombres, de 23 y 21, que están aprendiendo los secretos del oficio. Todo lo vende en su casa y trabaja por encargo para clientes de Colombia, Chile, México, Estados Unidos y Australia.

Alba quiere mantener la tradición que encierra el sombrero de tapia pisada, por eso se ha dedicado a dar clases en el colegio de Gachantivá y a las jóvenes que la buscan para que les transmita el conocimiento. También se unió a una cooperativa de Boyacá, de la que hacen parte dieciocho artesanos, tejedores y cultivadores de mora de Ráquira, Villa de Leyva, Tinjacá, Santa Sofía y Gachantivá. El objetivo es promocionar el turismo del departamento a través de las artesanías y atraer a posibles artesanos que quieran aprender el oficio. Según ella, solo se necesita interés y amor para poder dedicarse a la artesanía.

8. EL ENCANTO DE LA RUANA TUNEBA

Eugenio Lizarazo empezó a mover el telar a los doce años. Se dejó llevar por su instinto y la certeza que le daban los años que pasó observando a sus seis hermanos mayores tejer ruanas y cobijas en pequeños telares horizontales de un metro de ancho. Además, había visto a su madre hilar lana con la destreza de una experta. A los catorce tejó su primera ruana y dejó que su mamá lo instruyera en el arte de los terminados y el tejido de cobijas, sacos, gorros y bufandas.

Aunque parecía que lo suyo era el tejido, a los dieciocho años decidió dejar Güicán, un pueblo de Boyacá muy cerca del Parque Nacional Natural El Cocuy, y buscar fortuna en Bogotá. Quería desafiar al destino y saber si la vida le tenía preparado otro camino. Durante siete años dejó la lana para dedicarse a la construcción y el trabajo con el hierro, hasta que se dio cuenta de que la capital no tenía nada para ofrecerle y que la vida que soñaba estaba muy lejos de ahí. La mejor alternativa era retomar sus raíces. Volvió a Güicán, compró un telar de dos metros de ancho con el que montó su propio taller y fundó su empresa Artesanías sed de la tierra.

Desde entonces trabaja con su esposa, experta en el tejido en telar vertical en el que hacen chales, chalines, ruanas y bufandas. Para los terminados de guantes y gorros, y el oficio de hilar la lana, contrata a varios artesanos del municipio que trabajan por encargo. Su empresa se ha caracterizado por utilizar únicamente lana de oveja, que consigue en varias fincas de Boyacá. Eugenio la compra en rama y se la entrega a los encargados de hilarla, luego, junto a su esposa, se encargan de lavarla tres veces (dos con agua

fría y una con agua tibia) hasta que la lana quede brillante y manejable. Después la dejan secar durante dos días y comienzan el proceso de tejido de diferentes prendas.

Pero sin duda, una de las piezas que más le ha dado fama es la tradicional ruana tuneba, usada antiguamente por los indios. La ruana, con dos o tres rayas rojas alrededor, se tejía con agujas de hueso que volteaban las hebras para adentro, haciendo que el tejido no quedara fileteado sino dentro de la prenda. Eugenio comenzó a tejerla en 1990 para cultivar la tradición y darles gusto a clientes exigentes que buscaban tejidos rústicos cargados de historia. Cada ruana se teje durante siete horas y se hace con terminados rústicos o pulidos y el número de rayas que quiera el comprador. Su popularidad creció tanto que en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Invierno de 2018 la delegación colombiana desfiló exhibiendo sus prendas.

Además, ofrece ruanas de diferentes colores que pinta con extractos naturales de las plantas, otro saber que heredó de su madre. Con cedro, amarillo y dividivi consigue diversos tonos de rojo, verde, amarillo, beige y naranja. Las plantas se ponen a hervir con sal, limón y alumbre, y después de dos o cuatro horas sueltan el color.

A los 69 años, Eugenio espera que alguno de sus nietos quiera heredar el negocio. Sus dos hijos, un periodista y un policía, optaron por caminos diferentes, pero él está tranquilo. Trabaja todos los días con la convicción de que lo que hace se hace bien. Su legado reposa en cada tejido.



* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.



9. LA TAGUA Y EL AJEDREZ

Gracias a sus hermanos mayores **María del Carmen Martínez** conoció la tagua, una semilla obtenida de la palma de marfil que llegaba desde el Magdalena Medio y el Chocó hasta su casa en Chiquinquirá. Desde chiquita aprendió a lijar, a pulir y a pegar objetos religiosos que sus hermanos hacían con la semilla, como capillas y camarines de la virgen. A los quince años se casó y, para sacar adelante su hogar, decidió aprender más de un oficio que la atraía por su delicadeza. Su hermano mayor le enseñó a manejar el torno y el formol, le dio la materia prima, le dijo cómo perfeccionar las figuras y la ayudó a montar su propio taller, que bautizó Tagual marfil vegetal.

María del Carmen continuó haciendo piezas religiosas y luego lanzó una línea de llaveros de distintos animales. También comenzó a crear llamativos pesebres de tagua, candelabros, juegos de baño, que llevan un pequeño platero y una jarra, y juegos de té, compuestos por una cafetera, una jarra, una azucarera, dos tazas y dos platos. Pero fue el ajedrez de tagua, un juego que conoce a cabalidad, el que se convirtió en su pieza más popular. Observando los ajedreces de madera que llegaban al pueblo de Bogotá, se animó a hacer su propia versión. Sus ajedreces gustaron tanto que ya cuenta con veinte diseños de tamaños diferentes.

A María del Carmen le gusta ser pulida en su trabajo, por eso cada pieza la hace con tiempo y

dedicación. La semilla de tagua ahora se consigue en Boyacá. Los bultos se los compra a distintos distribuidores del campo que se la entregan pelada, evitándole pasar horas quitando las cáscaras con un machete. Con la ayuda de su esposo, se encarga de seleccionar las pepas y separar las más alargadas, ideales para los juegos de té y las figuras del rey y la reina, de las más gruesas, que utiliza para los camarines de la virgen.

Luego pasa al torno y le va dando forma a las piezas. Si es un llavero tiene que hacer primero el cuerpo del animal, luego las patas, las orejas y la cabeza para después armar toda la figura con pegante. Cuando el objeto está seco, se dibujan los ojos y las facciones, y se pinta con anilinas naturales. Después se aplica una resina y se deja secar de nuevo durante una noche y un día. Así finaliza un proceso que conoce de memoria.

A los 76 años, María del Carmen continúa trabajando todos los días. Desde las nueve de la mañana hasta el mediodía se consagra al torno y en la tarde le dedica dos horas a armar las figuras. Si le va bien, puede hacer hasta cien llaveros en un día. Sus cinco hijos (cuatro hombres y una mujer) aprendieron el oficio y decidieron llevarlo a otro nivel creando un taller donde mezclan la tagua con el metal en diferentes piezas de bisutería. María del Carmen asegura que, gracias a la innovación y el conocimiento profundo de la semilla, el trabajo con la tagua permanecerá vivo en su familia durante varias generaciones.



10. LA VIDA EN UNA RUANA

A los diecinueve años, **Héctor Miguel Hernández** decidió que quería aprender a tejer. El oficio no le era del todo desconocido, pues creció viendo a su madre escarmentar la lana, lavarla e hilarla para luego venderla a tejedores que hacían ruanas y cobijas. Pero él quería ir más allá. Desde que vio y conoció el funcionamiento de un telar supo que ese era su camino. En 1984 arrancó como aprendiz en el taller de Emilio Vargas, un tradicional tejedor del municipio de Ciénaga, Boyacá, que le enseñó a trabajar en telar horizontal. Luego decidió recorrer Nobsa, un pueblo famoso por sus tejidos, para intercambiar saberes con varios artesanos del lugar.

Héctor Miguel aprendió a urdir en una urdidora metálica y conoció la técnica para crear ruanas con doble faz, con capota, con cuello y con diseños ajedrezados o de cuadrículas. Cuando se sintió listo fundó el Taller Artesanías y Tejidos Ovelana en un pequeño local donde instaló dos telares: uno en amarillo comino para hacer las cobijas con diseños de tres líneas o de espina de pescado, y otro en flor morado, que mide dos metros de ancho, en el que teje las ruanas. Desde entonces trabaja de lunes a sábado, de seis de la mañana a seis de la tarde, con la ayuda de un joven asistente y una artesana que teje a dos agujas bufandas y bolsos de lana.

Con orgullo sostiene que cada pieza que sale de su taller es garantía de un trabajo impecable. Por eso vende al detal y solo teje con lana virgen, la cual es cada vez es más difícil de conseguir, pues quedan pocas hilanderas en la zona. A veces tiene que ir hasta Paipa y Sogamoso a conseguir su preciada materia prima. Tampoco tiñe, pues le gusta exaltar la tradición y hacer ruanas y cobijas del color natural de la lana: blancas, negras, grises y cafés.

Para Héctor Miguel una buena ruana debe estar bien apretada, con buena urdimbre y bien pisada. Afirma que sus ruanas duran más de quince años y que sus cobijas pueden estar en perfectas condiciones por más de treinta. Sus productos se han vuelto famosos gracias al voz a voz, por eso periódicamente recibe encargos de clientes de Bogotá y de municipios vecinos como Jenesano y Tunja.

A los cincuenta y seis años, es el único tejedor que queda en Ciénaga y, aunque ha tratado de motivar a los jóvenes y transmitirles todo lo que sabe del oficio, lo único que ha encontrado es desinterés. Pero Héctor Miguel no pierde la fe, está seguro de que con ayuda de la gobernación va a hallar el camino para dictar cursos y talleres que atraigan a nuevas generaciones a la tejeduría. Mientras tanto, él continúa enfocado en un oficio que ama. Asegura que tejiendo ruanas se entrega cada día a la magia de la vida.

* Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

ARTÍFICES No.13

ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Gerente General

Ana María Fries Martínez

Jefe Oficina Asesora de Planeación e Información

María Mercedes Sánchez Gil

Subgerente de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Jimena Puyo Posada

Especialista Oficina Asesora de Planeación e Información

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Profesional de Gestión Subgerencia de Desarrollo y Fortalecimiento del Sector Artesanal

Nydia Castellanos Gasca

Comité editorial

Nydia Castellanos Gasca

Ángela María Martínez Bernal

Rosnery Pineda Cubides

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Coordinación editorial

Camilo Ernesto Rodríguez Villamil

Textos

María Alexandra Cabrera

Diseño editorial

Laura de Gamboa

Fotografía

Iván Ortiz

Preprensa

LDG Studio Design

Nota aclaratoria: Los Productos que aparecen en las fotografías pueden, o no corresponder al artesano en mención; pero si al oficio referido en la historia.

© ARTESANÍAS DE COLOMBIA

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de Artesanías de Colombia.

Carrea 2 No. 18 A -58

www.artesantiasdecolombia.com.co

Printed in Colombia

Catalogación en la *Publicación Artesanías de Colombia*

Artífices 13 /

Artesanías de Colombia. – Bogotá : Artesanías de Colombia, 2014- . --

No. 1 (2014)-No. 11 (2018).

Volúmenes : ilustraciones ; 27 cm.

Semestral

ISSN: 2357-5352

1. Artesanías - Investigaciones - Colombia - Publicaciones seriadas --

2. Artesanos - Colombia - Publicaciones seriadas -- 3. Desarrollo artesanal - Colombia - Publicaciones seriadas -- 4. Oficios artesanales - Colombia - Publicaciones seriadas I. Colombia. Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Artesanías de Colombia

745.5--dc23

JMCH/CENDAR

